

PONIENDO A TRABAJAR EL ORO PRECOLOMBINO: EL CASO DE TOMÁS HERRÁN Y EL SMITHSONIAN EN LOS TEATROS DE LA CONSTRUCCIÓN DE NACIONES Y LA CULTURA GLOBAL

LES FIELD

Departamento de Antropología
Universidad de New Mexico
Estados Unidos

Aceptado para publicación el 12 de octubre de 2025

Resumen

Los artefactos de oro precolombinos de la actual Colombia han sido descontextualizados y recontextualizados de maneras notables. Por un lado, se les ha despojado de su contenido arqueológico y su significado sociocultural debido a las prácticas de excavación ilícita (guaquería) y el colonialismo. Por otro lado, se han utilizado para construir una narrativa nacional y también para el discurso del patrimonio global y la cultura mundial. Estos factores moldearon las acciones de Tomás Herrán (1843-1904), oligarca colombiano del siglo XIX quien posibilitó que el Instituto Smithsonian adquiriera una colección de objetos de oro precolombino a principios de la década de 1890. Herrán estudió en la Universidad de Georgetown y, en 1902, como encargado de negocios en Estados Unidos, negoció el primer tratado del Canal de Panamá, el Tratado Hay-Herrán de 1903. Este artículo narra los aspectos de la relación de Herrán con el Smithsonian a la luz de su labor diplomática posterior y la aparición de artefactos de oro precolombino en el panorama nacional e internacional. Pregunto si estos artefactos carismáticos podrían ser recontextualizados nuevamente por los procesos de reapropiación indígena en Colombia.

Palabras clave: oro precolombino, Tomás Herrán, Smithsonian, construcción nacional, cultura global.

PUTTING PRE-COLUMBIAN GOLD TO WORK: THE CASE OF TOMÁS HERRÁN AND THE SMITHSONIAN IN THE THEATRES OF NATION-BUILDING AND GLOBAL CULTURE

Abstract

Pre-Columbian gold artifacts from what is now Colombia have been decontextualized and recontextualized in notable ways. On the one hand, they have been stripped of their archaeological content and their sociocultural meaning by the practices of illicit excavation (guaquería) and colonialism. On the other hand, they have been put to work building a national narrative and also in the service of the discourse of global heritage and world culture. These factors shaped the actions of Tomás Herrán (1843-1904), a 19th century Colombian oligarch who made it possible for the Smithsonian Institution to acquire a collection of pre-Columbian gold objects in the early 1890s. Herrán was educated at Georgetown University, and in 1902 as chargé d'affaires in the US, he negotiated the first Panama Canal treaty, the Hay-Herrán Treaty of 1903. This article narrates the strands of Herrán's relationship with the Smithsonian, in light of his later diplomatic work, and the appearance of pre-Columbian gold artifacts on national and international stages. I ask whether such charismatic artifacts might be recontextualized once again by processes of indigenous reappropriation in Colombia.

Keywords: Pre-Columbian gold, Tomás Herrán, Smithsonian, nation-building, global culture.

APROVEITANDO O OURO PRÉ-COLOMBIANO: O CASO DE TOMÁS HERRÁN E DO SMITHSONIAN NOS TEATROS DA CONSTRUÇÃO NACIONAL E DA CULTURA GLOBAL

Resumo

Os artefatos de ouro pré-colombianos da atual Colômbia foram descontextualizados e recontextualizados de maneiras notáveis. Por um lado, foram despojados de seu conteúdo arqueológico e significado sociocultural devido a práticas ilícitas de escavação (roubo de túmulos) e ao colonialismo. Por outro lado, foram utilizados para construir uma narrativa nacional e também para fundamentar discursos sobre patrimônio global e cultura mundial. Esses fatores moldaram as ações de Tomás Herrán (1843-1904), um oligarca colombiano do

século XIX que facilitou a aquisição, pela Smithsonian Institution, de uma coleção de artefatos de ouro pré-colombianos no início da década de 1890. Herrán estudou na Universidade de Georgetown e, em 1902, como encarregado de negócios nos Estados Unidos, negociou o primeiro tratado do Canal do Panamá, o Tratado Hay-Herrán de 1903. Este artigo examina aspectos da relação de Herrán com o Smithsonian à luz de seu trabalho diplomático subsequente e da emergência de artefatos de ouro pré-colombianos no cenário nacional e internacional. Questiono se esses artefatos carismáticos poderiam ser recontextualizados pelos processos de reapropriação indígena na Colômbia.

Palavras-chave: ouro pré-colombiano, Tomás Herrán, Smithsonian, construção nacional, cultura global.

Introducción

En este artículo presento dos crónicas narrativas estrechamente vinculadas. Primero, relato cómo mi investigación previa sobre la naturaleza y el destino de los artefactos de oro precolombinos de los territorios que hoy conforman la República de Colombia me condujo a la colección de artefactos de oro precolombinos del Instituto Smithsonian en Washington, cuya presencia allí se relaciona con alguien llamado Tomás Herrán. Después relato lo que mi investigación sobre Herrán en el Smithsonian y los archivos de la Universidad de Georgetown reveló sobre los artefactos, la relación de Herrán con ellos y por qué hizo posible que salieran de Colombia y llegaran al Smithsonian.

Tomás Herrán (1843-1904) fue un oligarca colombiano del siglo XIX, hijo del presidente Pedro Alcántara Herrán de la República de Nueva Granada entre 1841 y 1845. También era nieto de uno de los líderes colombianos más poderosos del siglo XIX, Tomás Cipriano de Mosquera, quien sirvió en sucesivas iteraciones como presidente de la República de Nueva Granada (1845-1849), presidente de la Confederación Granadina (1861-1863) y presidente de los Estados Unidos de Colombia (1866-1867). Tomás Herrán se educó en la Universidad de Georgetown, en Washington, y regresó a Colombia en 1869, estableciéndose en Medellín. Entre 1877 y 1879 fue agente comercial de Colombia en los Estados Unidos y se desempeñó como cónsul en Hamburgo, Alemania, desde 1882 hasta 1892. Desde 1892 hasta 1900 se desempeñó como cónsul de los Estados Unidos en Medellín. En 1901 se convirtió en secretario de la embajada colombiana en Washington y en 1902 en encargado de negocios en los Estados Unidos. En esa condición negoció el primer tratado del Canal de Panamá, el Tratado Hay-Herrán de 1903. Ese tratado habría preservado la soberanía colombiana sobre Panamá, pero no fue ratificado por el Congreso colombiano porque la cantidad de dinero ofrecida por los Estados Unidos para recibir los

derechos para construir el Canal se consideró insignificante. Posteriormente, los Estados Unidos diseñaron la separación completa de Panamá de Colombia y la pérdida adicional de soberanía sobre una parte significativa del territorio en la nueva República de Panamá que se convirtió en la Zona del Canal. Antes de su trabajo como diplomático de alto nivel, los objetos de oro precolombino en posesión de Herrán terminaron en la colección del Instituto Smithsonian. A medida que esta secuencia histórica se desarrollaba en mi investigación me pregunté qué motivó a este hombre colombiano rico y poderoso, cuya relación con los Estados Unidos era de larga data y compleja, por decir lo menos, a poner artefactos de oro precolombino a disposición de las colecciones del museo nacional del gobierno estadounidense; ¿por qué Herrán, quien gozaba de la confianza suficiente de las élites políticas colombianas para negociar un tratado que hubiera facilitado la construcción del Canal de Panamá bajo una soberanía colombiana atenuada, pero formal, compró objetos de oro precolombino que se originaron en excavaciones de guaqueros, como revelaron los documentos de registro que obtuve más tarde?

Incluso en el siglo XXI investigar y escribir sobre las vidas de las élites —personas política, económica y socialmente poderosas— rara vez es el foco de la labor antropológica. Pero recuerdo la directiva de una de las grandes antropólogas radicales de finales de los años 1960, Laura Nader, quien escribió que los antropólogos deberían ampliar sus campos de investigación para incluir “el estudio de los colonizadores en lugar de los colonizados, la cultura del poder en lugar de la cultura de los desposeídos, la cultura de la opulencia en lugar de la cultura de la pobreza” (Nader, 1972, p. 289). La historia de Herrán —la parte que he tratado de reconstruir y comprender— relata las decisiones de una persona privilegiada de la élite y la manera compleja e, incluso, contradictoria como se manifestaron esas formas de poder hace más de un siglo en la sociedad colombiana. La larga relación de Herrán con el Smithsonian constituyó un intento de usar el oro precolombino para crear identidad nacional y patrimonio global desde la perspectiva de la creciente hegemonía estadounidense. Herrán era particularmente idóneo para ese rol dada su posición en la élite y la oligarquía colombianas y su sólida relación con Washington como estudiante de Georgetown durante muchos años. Existe una continuidad, además, en su rol posterior como diplomático clave que intentó conciliar los intereses nacionales de Colombia y las ambiciones imperialistas estadounidenses en las negociaciones sobre el Canal de Panamá, cuyo propósito era preservar la soberanía colombiana y facilitar la construcción del Canal bajo la hegemonía estadounidense.

El relato de estos artefactos de oro precolombinos y su relación con Herrán ilustra el papel curiosamente activo de los artefactos en la construcción de culturas nacionales en los ámbitos de poder definidos por la clase. Kopytoff (1986) señaló que los artefactos no pueden considerarse inertes e inmutables, sino que operan como dinámicamente entrelazados en relación con los interlocutores humanos. En cierto sentido las “cosas” tienen agencia. Las “cosas”, no menos que los humanos, tienen historias o biografías, algunas de

las cuales se han vuelto opacas por los procesos del colonialismo, los museos coloniales y otras formas de exhibición que siempre implican la descontextualización de su lugar de origen y los usos previstos de los creadores, y la recontextualización dentro de los foros de museos/exposiciones que se basan en, y utilizan, otros sistemas de tipología y entornos de clasificación derivados de Europa (Clifford, 1991; Vogel, 1991).

En América Latina, la construcción del Estado tras la independencia, mediante la cual las élites tomaron el control de las instituciones creadas y de sus economías, fue también un proceso de construcción nacional complejo, desigual y contencioso en el que la cultura y los artefactos culturales se movilaron de diversas maneras, tanto por museos como por coleccionistas privados. En casos extremos, como en Centroamérica, la construcción nacional no fue “un esfuerzo importante del Estado” (Smith, 1990, p. 153). Las cuestiones del patrimonio nacional fueron, durante gran parte del primer siglo después de la independencia, simplemente periféricas. En Colombia, en cambio, las élites oligárquicas sí estaban preocupadas por crear una nación y a partir de finales del siglo XIX se vieron motivadas a reutilizar artefactos precolombinos, de oro y cerámica, para esa tarea. Como afirmaron Gnecco y Hernández (2008, p. 445-446) la Colombia independiente se caracterizó por

un proyecto nacional que se remonta a mediados del siglo XIX, cuando la élite liberal gobernante intentó construir una identidad nacional inclusiva. En este proyecto de construcción nacional los indígenas contemporáneos constituían un problema complejo: mientras el colonialismo interno los mantuvo subyugados y distanciados el nacionalismo exigió su inclusión retórica sobre la base de una ética igualitaria. Este dilema se resolvió, en gran medida, mediante la adopción de la otredad prehispánica como piedra angular de la identidad nacional y mediante la marginación de las sociedades indígenas contemporáneas.

La construcción de la nación, la colección de artefactos de la antigüedad y de origen indígena, y el uso de museos en Colombia se relacionaron con otros proyectos nacionales. En Australia, la apropiación del arte indígena para reforzar la identidad nacional y destacar sus cualidades únicas cobró mucha mayor importancia en el siglo XX (Morphy, 2006). En Grecia la apropiación de la antigüedad a través de la arqueología ya se había convertido en un tema central del proyecto de construcción de la nación a principios del siglo XIX (Hamilakis, 2007).

Pero el trabajo realizado por los artefactos culturales en proyectos de construcción nacional y su papel en las narrativas nacionales como se expresa en museos nacionales de todo el mundo no es su único propósito. Para Herrán y otros esos artefactos también podían ser patrimonio mundial o global en museos (y exposiciones) ubicados en metrópolis imperiales, como Washington. Kirshenblatt-Gimblett (2006, p. 183) señaló que “el patrimonio mundial se predica sobre la idea de que quienes producen cultura lo hacen en virtud de su ‘diversidad’, mientras que quienes llegan a poseer bienes culturales como patrimonio mundial lo hacen en virtud de su ‘humanidad’; más aún, el proceso de creación

del patrimonio mundial invoca “la conversión del *habitus* en patrimonio y del patrimonio en bienes culturales, capital cultural y bien cultural” (p. 195). Esto podría implicar que los artefactos culturales al servicio de la creación del patrimonio mundial habrían sido despojados de su historia real de fabricación y uso en sus comunidades de origen mucho antes de que terminaran en los museos imperiales. Ese sería el caso de los artefactos de oro precolombinos en el Smithsonian y en otros lugares.

Los senderos del oro

Comencé a investigar y escribir sobre artefactos de oro precolombinos en 2005, más de una década después del “descubrimiento” accidental de lo que se conocería como el Tesoro de Malagana en la parte norte del Valle del Cauca, Colombia, cerca de Palmira (véase Archila, 1996). Las condiciones en el lugar pasaron de accidentales —el tractor de un trabajador descubrió, inesperadamente, un tesoro de artefactos de oro en 1992— a desastrosas, un saqueo enorme, extenso y espantosamente destructivo de tumbas antiguas. A medida que el sitio lleno de huecos comenzó a parecer una escena de bombardeo aéreo miles de personas continuaron llegando al área: monjas, oficiales de policía, estudiantes de secundaria, trabajadorxs de oficina y muchos otros fueron entrevistados por equipos de noticias de televisión. Las entrevistas subrayaron que la gente estaba buscando oro —no artefactos, no “su” historia, no un pasado misterioso—. El hecho de que una población diversa de gaudios instantáneos —no arqueólogos, no científicos y, en los siglos XX y XXI, excavadorxs ilícitxs de antigüedades— hubiera surgido, repentinamente, de las ciudades cercanas de Cali y Palmira y de otras partes de Colombia me sugirió que la putativa conexión con estos artefactos como una herencia colombiana común, una idea cuya promoción era parte de la misión del Museo del Oro en Bogotá, había fracasado dramáticamente en manifestarse. Tras el saqueo de Malagana el gobierno colombiano prohibió por completo el comercio de artefactos del patrimonio nacional, incluyendo la cultura material precolombina, en virtud del Decreto 833 de 2002 (Field, 2012). Lxs coleccionistas privados en Colombia ya no pueden comprar legalmente nuevos objetos y deben registrar los que ya poseen en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICAHN). Pueden dejar los que poseen actualmente a sus descendientes, pero no pueden vender sus colecciones a nadie más. La prohibición también hace ilegal que los museos adquieran objetos desenterrados por gaudios. Por lo tanto, aunque los artefactos permanezcan en Colombia ya no pueden conectarse con la tarea de construir la identidad nacional, que era el trabajo al que, aparentemente, todavía se dedicaban los artefactos que se encontraban en el Museo del Oro.

Después de 2005 entrevisté a varias personas en la sede central del Museo del Oro en Bogotá y en las sucursales de Cali, Armenia, Santa Marta y Cartagena, así como a otras personas que habían estado al tanto de los eventos de Malagana y habían estado involu-

cradas en ellos. Este grupo incluía coleccionistas privados que habían comprado objetos de las tumbas de Malagana. A medida que avanzaba mi investigación y mi escritura quise trazar una línea histórica entre los eventos de Malagana y otro “descubrimiento”, el Tesoro Quimbaya, excavado por guaqueros del siglo XIX, casi cien años antes, en 1890 (véase Gamboa, 2002). La mayor parte de los excepcionales y únicos artefactos que conformaban el Tesoro Quimbaya había sido donada por el gobierno colombiano a la reina de España en 1893, aparentemente para agradecerle por arbitrar una disputa fronteriza con Venezuela, pero, más reveladoramente, como una muestra de cómo la élite colombiana de ese momento pensaba que estaba afirmando el valor del pasado precolombino al exportar esos artefactos a museos europeos y norteamericanos. El Tesoro Quimbaya ha residido, desde entonces, en el Museo de América en Madrid. Pero antes de que el Tesoro Quimbaya se estableciera (hasta ahora) en Madrid se exhibió en el pabellón de Colombia durante la Exposición Mundial Colombina de Chicago de 1893. La exposición colombiana promovió la imagen de una nación moderna y desarrollada, en parte mediante la presentación de su pasado, usando el marco de una feria global. El mensaje de identidad nacional se reafirmó mediante una sensación de progreso global en el corazón de la potencia imperial, Estados Unidos. Pero, como relataré, el Tesoro Quimbaya no fue la única colección de oro precolombino de Colombia destinada a estos objetivos interrelacionados.

La investigación sobre los “tesoros” Malagana y Quimbaya dio lugar a varios artículos y capítulos de libros (Field, 2012, 2013, 2016, 2020), a un volumen editado sobre prácticas de excavación no arqueológicas, no científicas y (con frecuencia) ilícitas globalmente diversas (Field *et al.*, 2016) y a una agenda de investigación en curso. En 2015, un curador del Smithsonian me preguntó: “¿Qué le gustaría ver en nuestras colecciones si tuviera la oportunidad?”. Respondí que me gustaría ver la colección de artefactos de oro precolombinos que se originaron en lo que hoy es Colombia. Unas semanas después recibí un documento que enumeraba cincuenta y seis objetos de ese tipo en la colección del instituto, de los cuales treinta y cuatro, casi dos tercios, se describían como *donados* por un individuo llamado Thomas o Tomás Herrán.

En 2022, otro curador del Smithsonian visitó el Departamento de Antropología de la Universidad de Nuevo México, donde trabajo, para dar una charla. En la conversación que sostuvimos después le describí lo que sabía sobre el oro precolombino de lo que ahora es Colombia en el Smithsonian y mis preguntas aún incipientes sobre la relación de Tomás Herrán con esos artefactos. Me preguntó si quería ver los registros de adquisición originales, a lo que respondí con entusiasmo. En menos de dos semanas recibí esos registros escaneados, diciéndome que podía citarlos. Entre ellos hay una nota de un funcionario del Smithsonian; escrita a mano y en papel membretado del instituto, dice: “No deje que aparezca en el registro que T. Herrán vendió estos, pero los obtuvo para nosotros comprándolos. Será mejor que mire sus cartas anteriores”. ¿Por qué el Smithsonian se empeñó en ocultar el hecho de que estaban comprando artefactos de oro precolombino de

Herrán, afirmando, en cambio, que habían sido donados? ¿Fue porque, como revelaban los documentos de registro, los artefactos se habían originado en excavaciones de guaqueros?

Los sitios de investigación: la Universidad de Georgetown y las colecciones y conexiones del Smithsonian

Herrán estudió en la Universidad de Georgetown y recibió su licenciatura en 1863, su maestría en 1868 y su doctorado en leyes, un título honorario, en 1900, quizás relacionado con su nombramiento diplomático a principios de 1901. El archivo completo de sus documentos fue legado a la biblioteca de Georgetown por la esposa de Herrán, Laura Echeverri Villa, con quien se había casado en 1871, el mismo año en que fundó la Escuela de Artes Mecánicas en Medellín, de donde provenía la familia aristocrática de su esposa. Las cartas de Herrán de su época en la embajada de Colombia en Washington están relacionadas con la negociación del Tratado Hay-Herrán y ya han sido cotejadas y publicadas (Herrán, 1985) por lo que tenía la intención de encontrar documentos, si existían, de diez años antes (principios de la década de 1890), cuando vendió los artefactos al Smithsonian. Después del archivo de la biblioteca de Georgetown, mi segunda parada fue el Smithsonian, donde Herrán había presentado treinta y cuatro objetos de oro en dos momentos diferentes: nueve el 1 de noviembre de 1890 y veinticinco el 8 de julio de 1891. Había organizado sus adquisiciones desde Hamburgo y, probablemente, durante visitas periódicas a Medellín. El archivo del Smithsonian revela que Herrán había establecido un extenso historial de contribuciones de piezas a sus colecciones décadas antes de que los objetos de oro terminaran allí.

Esperaba que los documentos de ingreso y otros materiales de archivo del Smithsonian arrojaran más luz sobre los orígenes de los objetos de oro y los detalles de por qué y cómo Herrán los había puesto a disposición del instituto; también esperaba, aun sabiendo que era más que improbable, que los documentos de ingreso pudieran indicar dónde se habían descubierto los objetos. Lo que fuera que se revelara en los documentos personales de Herrán en Georgetown también podría, pensé, ayudar a explicar su compleja relación con el Smithsonian.

El archivo biográfico que contiene los documentos de Herrán en la biblioteca de Georgetown resultó menos revelador que los registros de acceso y correspondencia del Smithsonian; los materiales de Georgetown se derivan, casi exclusivamente, de los años en que Herrán era el diplomático jefe de Colombia en Washington negociando el tratado Hay-Herrán que fracasó. Herrán había establecido una relación de donación con el Smithsonian desde 1875, quince años antes de que llegaran los artefactos de oro en cuestión. Sus donaciones estaban constituidas por piezas de origen específicamente antioqueño. Esto podría llamarse “el factor Medellín” en la trayectoria personal de Herrán, habiéndose casado con una mujer

de la élite antioqueña. A mediados y fines del siglo XIX la floreciente ciudad fue donde el coleccionismo de objetos precolombinos se convirtió, por primera vez, en un pasatiempo oligárquico como lo ejemplifica la vasta colección perteneciente al exitoso comerciante antioqueño Leocadio María Arango (Botero, 2006, 2009; Gamboa, 2002). Aunque se ha argumentado que la g.uaquería que descubrió una cantidad asombrosamente grande de tumbas precolombinas impulsó la colonización antioqueña (Parsons, 1961) yo, sugeriría que el “descubrimiento” sostenido de grandes cantidades de cerámica precolombina y artefactos de oro de Antioquia siguió a la deforestación de vastas extensiones de terreno provocada por el desarrollo de la producción de café. La colección de Arango dominaba el inventario del Museo del Oro cuando se fundó en 1944. Es circunstancial y no está fundamentado en este momento, pero especulo que el interés de Herrán en las cosas precolombinas puede haber sido provocado por el tiempo que pasó en círculos oligárquicos en Medellín.

En 1875 Herrán donó especímenes de orquídeas antioqueñas vivas; en 1876 entregó una caja de especímenes de maderas raras y valiosas de Medellín; en 1874 donó una “caja de cerámica de Antioquia” y una caja con “ejemplares de langostas” con “8 piezas de cerámica y piedra de tumbas indígenas”. En 1879, los registros del Smithsonian muestran la adquisición de una caja de cerámica de Antioquia y otra en 1882, ambas de Herrán. Entre 1876 y 1882, pues, Herrán donó al Smithsonian más de cuarenta piezas de cerámica precolombina, acompañadas de una variedad de esculturas y herramientas de piedra, puntas de flecha y otros objetos. Un adorno de oro se incluyó en la colección de la caja de 1876, sobre el cual no encontré un dibujo ni más referencias. En una nota más macabra, pero nada sorprendente, un cráneo humano y dos fémures también se incluyeron en la caja de 1876.

En una carta fechada el 12 de julio de 1890 y enviada desde Hamburgo, dirigida al “Profesor S. P. Langley, secretario del Instituto Smithsonian”, Herrán escribió:

Cuando estuve en Washington por última vez en noviembre de 1883 su digno predecesor, el Profesor Spencer Baird, me pidió que, a mi regreso a Colombia, consiguiera para el Instituto Smithsonian los ejemplares de antiguas baratijas de oro de los indios que pudiera conseguir a un precio razonable. En ese momento me encontraba en camino a Hamburgo en calidad de Cónsul General de Colombia y, como me habían retenido más tiempo del que esperaba, mi cumplimiento de la solicitud del Profesor Baird se ha demorado mucho. El objeto de esta carta es informarle que se acaba de presentar una oportunidad para conseguir nueve ejemplares de oro de antigua artesanía de los indios encontrados en tumbas en la provincia de Antioquia, Colombia. (Registros de acceso de USNM de 1891; número de acceso 23661)

Las facturas de venta oficiales del Smithsonian y la correspondencia anexa muestran que los artefactos de oro se compraron a g.uaqueros y se vendieron al Smithsonian en dos lotes: el primero de nueve objetos, por el que Herrán recibió \$103.62, y el segundo, compuesto por 25 objetos, por el que recibió \$320. Estas no eran sumas insignificantes; en dólares de 2024 estos pagos ascenderían a casi \$3600 y más de \$11000, respectivamente.

En qué medida los beneficios de estas transacciones fueron decisivos para que el privilegiado Herrán ingresara al negocio de la gUAQUERÍA es discutible, pero se podría suponer que no es irrelevante.

Sobre los nueve artefactos del primer lote entregados al Smithsonian el 1 de noviembre de 1890 (Figura 1), esta carta fechada el 23 de enero de 1891 y enviada por Herrán desde Hamburgo y dirigida al “Prof. Thomas Wilson, &c., Washington DC” señala:

Ahora tengo el honor de informarle que los adornos de oro comprados por el Instituto Smithsonian a través mío fueron todos encontrados en antiguas tumbas indígenas en la parte sur del Estado colombiano de Antioquia y fueron obtenidos en la ciudad de Medellín de los descubridores, hombres llamados “gUAQUEROS” que hacen un negocio regular de la búsqueda de tesoros. Un relato muy curioso de las reglas que los guían en su búsqueda y una descripción completa de las tumbas indígenas los da el Dr. Manuel Uribe Ángel en una obra titulada *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia* que se publicó en 1885... Envié una copia de ella al Smithsonian alrededor de agosto de 1885... Es sorprendente que, aunque las tumbas indígenas en Antioquia han sido sistemáticamente saqueadas desde que los conquistadores españoles, bajo el mando de Robledo, tomaron posesión del país en el siglo XVI, el tesoro enterrado aún no se ha agotado y es deplorable que tan poco de lo que se ha encontrado se haya salvado de ser fundido. (Registros de acceso del USNM de 1892; número de acceso 24547)

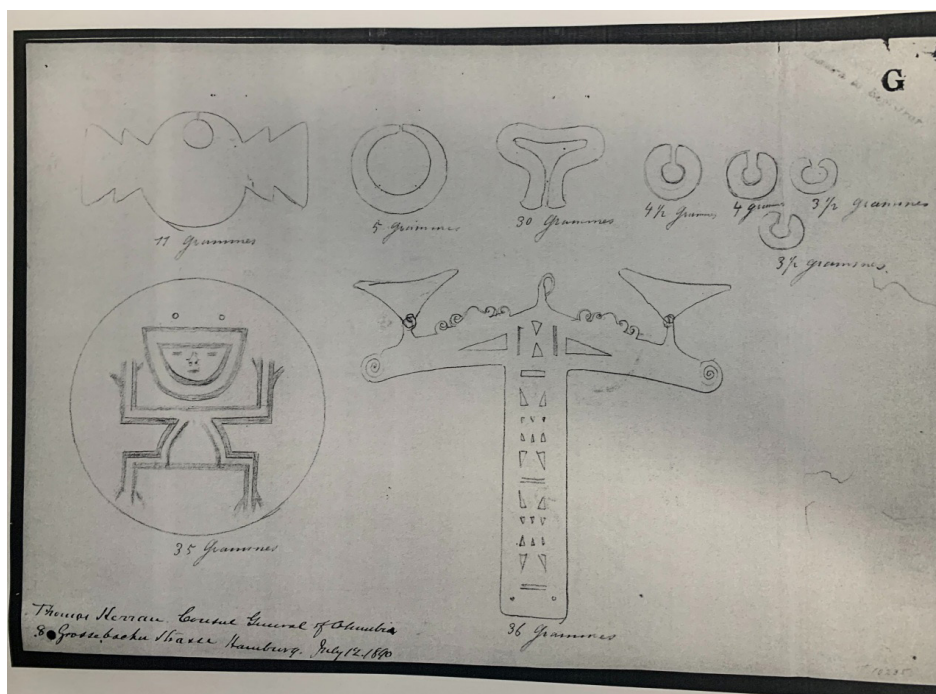


Figura 1. Los nueve artefactos de oro del primer lote entregados al Smithsonian en 1890, dibujados por Tomás Herrán.

En una carta al “Profesor G. Brown Goode, secretario asistente a cargo del Museo Nacional de los Estados Unidos, Washington D.C.”, fechada el 10 de junio de 1891, Herrán señaló que:

veinticinco antiguos adornos de oro indios que, por cierto, se mencionan tanto en su carta como en los comprobantes como provenientes de Chiriquí fueron encontrados en tumbas indígenas prehistóricas en la parte sur de la provincia de Antioquia, a una distancia de 600 millas en línea recta desde Chiriquí. Lamento decir que no puedo darle más detalles sobre las circunstancias en que se encontraron los especímenes que le he enviado. Como le expliqué al profesor Wilson en mi carta del 23 de enero la búsqueda de tesoros sigue siendo un negocio habitual en la provincia colombiana de Antioquia... Los cazadores de tesoros, o guaqueros, como se les llama en Antioquia, suelen ofrecer su tesoro a la venta en Medellín, la ciudad principal de la provincia y la segunda en Colombia... No hay grandes colecciones de estos valiosos objetos en Colombia. Solo he visto tres... Es muy deplorable que estas colecciones no se preserven. Dos de estas que vi desaparecieron tras la muerte de sus antiguos propietarios; algunas piezas se vendieron por separado y es de temer que muchas hayan sido fundidas. En el transcurso del presente año probablemente regresaré a Colombia y Medellín, posiblemente, será mi futuro lugar de residencia. Si ese fuera el caso tendré facilidades especiales para conseguir, de vez en cuando, antiguos adornos de oro indios a precios razonables y me complacería cooperar con usted para enriquecer la colección del Smithsonian de estos interesantes objetos. (Registros de acceso de USNM de 1892; número de acceso 24547)

Aunque Herrán compró los treinta y cuatro artefactos de oro porque el Smithsonian se lo había pedido específicamente tras una larga relación con él, otras motivaciones también jugaron un papel en este negocio. En otro artículo (Field, 2012) argumenté, de acuerdo con el libro de Botero de 2006, que algunos oligarcas de finales del siglo XIX, particularmente en Medellín, estaban horrorizados por el destino del oro precolombino excavado por los guaqueros: directo al crisol para fundirlos. Herrán pensaba que la cultura material precolombina era importante: la primera adquisición de cerámica precolombina del Smithsonian proporcionada por Herrán ocurrió en 1876, cuando tenía 33 años. Herrán respondió a las preguntas del Smithsonian sobre los orígenes y la historia de los artefactos de oro hablando de la guaquería y envió el libro de Manuel Uribe Ángel en 1885 (publicado ese año), lamentando la destrucción que aguardaba a la mayoría de esos artefactos. Leo sus cartas como si estuvieran destinadas a justificar su venta de los artefactos al Smithsonian en su propia mente, si no en la mente de los curadores y el secretario del instituto. Herrán sintió que estaba haciendo lo correcto, inspirado por el afán burgués antioqueño de coleccionar oro precolombino, una manifestación regional que era la otra cara de la moneda de la extirpación de los pueblos indígenas vivos de Antioquia. Herrán consideró que sacar estos artefactos de Colombia y llevarlos al Smithsonian era moralmente correcto y una manifestación de su nacionalismo.

Después de 1892 Herrán compró artefactos de oro, no sólo para el Smithsonian. Sabía que el instituto estaba buscando artefactos de oro precolombino no sólo para sus

colecciones, sino para exhibirlos en su *stand* en la Exposición Universal de 1893 en Chicago, como lo estableció un memorando interno fechado en 1892: “Hace mucho tiempo que ingresamos estos especímenes como material del Museo y ahora agregaremos nuestro símbolo que muestra que se exhibirán en la Exposición Universal” (Memorando del Museo Nacional de los Estados Unidos 2/11/1892). Herrán compró y vendió artefactos de oro precolombino para salvarlos y reafirmar su valor al colocarlos en el museo nacional de la potencia imperial. También los colocó en el mayor foro de cultura mundial que había tenido lugar hasta entonces, donde el Tesoro Quimbaya se exhibía en el pabellón de Colombia, con el mismo propósito: proyectar el pasado de Colombia hacia un futuro optimista, bañado por la luz de una cultura mundial imbuida del imperio.

Entre los treinta y cuatro artefactos de oro que Herrán vendió al Smithsonian, que dibujó en 1891 (*Figura 2*) y envió al instituto antes de la venta, hubo dos que reconoció como “de interés excepcional” (Memorando del Museo Nacional de los Estados Unidos 28/4/1891). Uno de los artefactos “excepcionales” es una figura masculina de pie con las rodillas dobladas, sonriendo, cuya cabeza está coronada con una elaborada aura radiante. El otro artefacto “excepcional” es un animal alado, parte de un género identificado con la orfebrería quimbaya que el antropólogo colombiano Gerardo Reichel-Dolmatoff (1988, p. 70) llamó “criaturas fantásticas”. Después de observar durante mucho tiempo las fotografías de estos objetos que me envió por primera vez el curador del Smithsonian en 2015 le pregunté si podía examinarlos y fotografiarlos mientras realizaba la investigación de archivo discutida anteriormente en 2023 (*Figuras 3 y 4*). Se trata de objetos increíblemente carismáticos y, como he argumentado en otras ocasiones (Field, 2012), puesto que son un producto de la gaudería las posibilidades de interpretación arqueológica científica están excluidas. Su historia indígena precolombina es inaccesible para nosotros, pero su historia colonial y poscolonial sí lo es de las manos de los gauderos a las manos de Herrán, de Herrán al Smithsonian, de la Exposición Mundial Colombina y de regreso al Smithsonian, y, finalmente, a mis manos (*Figuras 3 y 4*). Mientras los sostenía, con mucho afecto y admiración, pensé una vez más en las intenciones y motivaciones conservacionistas de Herrán, que deben tomarse en serio, así como en su patriotismo, que era de carácter oligárquico, pero no menos real. La relación íntima de Herrán con los Estados Unidos, cuyo máximo exponente diplomático habría preservado la soberanía colombiana sobre el istmo de Panamá, pero cuyo logro en ese sentido —el Tratado Hay-Herrán— no cumplió su propósito, con graves consecuencias para la integridad territorial de Colombia. Herrán murió en 1904, un año después de que el Senado colombiano rechazara el Tratado Hay-Herrán. Me lo imagino desconsolado, frustrado y conflictuado (véase Herrán, 1985) cuando, tras el fracaso del Tratado, Colombia perdió de manera permanente la soberanía sobre todo el istmo como resultado del ejercicio imperialista del poder por parte de los Estados Unidos, el país con cuyas instituciones educativas y culturales había establecido, desde hacía tiempo, relaciones sólidas y sustanciales, y al cual había provisto tesoros de oro. Lemaitre (1993) expresó una visión matizada del estado de ánimo de Herrán durante las negociaciones del tratado y sus consecuencias que lo ve como trágico, manipulado y sincero.

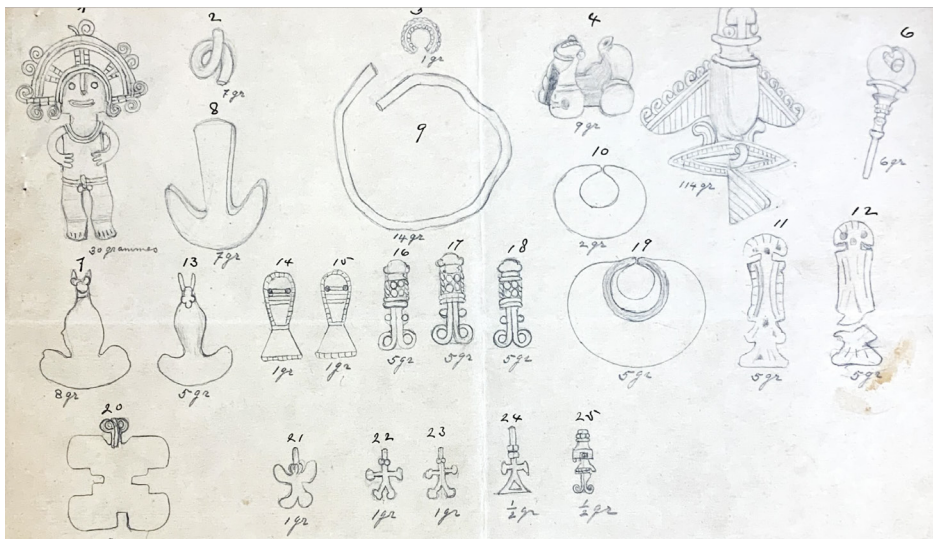


Figura 2. Los treinta y cuatro artefactos de oro que Herrán vendió al Smithsonian en 1891, dibujados por él.



Figura 3. La figura masculina coronada con una elaborada aura radiante. Foto del autor.



Figura 4. La “criatura fantástica.” Foto del autor.

Conclusión: hacia nuevos contextos

Como todos los museos, sobre todo los museos imperiales, el Instituto Smithsonian extrae materiales de todo el mundo, los descontextualiza y los recontextualiza dentro de sus paredes. Como todos lxs antropólogxs, yo también participo en un proceso de extracción: extraigo información con la que escribo y público. El proceso de extracción con respecto a la vida de Herrán se llevó a cabo con y alrededor de materiales y registros de archivo que están controlados y son propiedad de instituciones con historias profundamente coloniales: la Universidad de Georgetown y el Instituto Smithsonian. Estas instituciones estuvieron dispuestas a permitirme hacer mi propia extracción porque es un privilegio para mí como académico de una institución estadounidense tener acceso a archivos y depósitos de museos —y a un momento de intimidad al manipular estos artefactos excepcionales—.

La cadena de eventos que me llevó a tener estos artefactos en mis manos también recapitula escenas del desarrollo temprano de la antropología en los Estados Unidos. Franz Boas, el frecuentemente citado “padre” de la antropología estadounidense, fundador del primer departamento de antropología y del primer programa de posgrado en antropología en la Universidad de Columbia, fue contratado por Fredric Ward Putnam, director y curador jefe del Museo Peabody de Harvard y jefe del Departamento de Etnología y Arqueología para la Exposición Mundial Colombina, para ser miembro del personal y parte de la creación del pabellón de antropología de la exposición (Hinsley, 1991). La exposición tenía la intención

de competir con la exposición del Smithsonian en el pabellón del Departamento del Interior de los Estados Unidos, donde se exhibieron los artefactos de Herrán. Estas instituciones e individuos en competencia ejercieron autoridad sobre el papel de la antropología en el futurismo imperial de la Exposición Mundial Colombina. La exhibición de los artefactos de oro precolombino de Herrán fue eclipsada por la participación del Tesoro Quimbaya en la proyección que Colombia hizo de estos objetos hacia el futuro del país y del mundo.

Como resultado de este proyecto el carácter de los artefactos de oro precolombinos de Herrán en el centro de la historia se aclara, pero también es incipiente. Tal como están constituidos y configurados actualmente estos objetos no pueden ser patrimonio histórico, ni cuando fueron coleccionados y exportados de Colombia en la década de 1890 ni en la actualidad, precisamente porque tanto el colonialismo como la g.uaquería en curso han borrado los contextos que revelarían qué significaban y para quién en las civilizaciones que precedieron a la conquista. Este es el caso de los tesoros Quimbaya y Malagana y de la gran mayoría de los objetos del Museo del Oro. La g.uaquería borró los contextos que los arqueólogos usan para determinar la edad y el significado, y la violencia sistémica y epistémica de la colonización española en los siglos XVI y XVII, de la guerra contra las cosmologías nativas librada por la Iglesia desde la llegada de los españoles, de la sociedad colonial establecida a raíz de la conquista y del Estado después de la independencia transformó, irrevocablemente, sus contextos socioculturales. A raíz del colonialismo estos objetos se convirtieron en significantes hermenéuticamente flotantes. En las colecciones privadas se han convertido en objetos de colección de gran prestigio en virtud de su composición de oro y su rareza única. En el Museo del Oro se pusieron al servicio de la narrativa nacional y en las colecciones museísticas globales, formadas a finales del siglo XIX y principios del XX, se pusieron al servicio de contar la historia del progreso mundial. Cuando era joven Herrán participó en un proyecto propio de validación-legitimación de la historia precolombina vinculada a la identidad nacionalista al colocar esos materiales en la colección de un museo norteamericano y sus exposiciones, parte de un proyecto de élite más amplio que alcanzó su apogeo en la década de 1890.

No creo que se pueda deshacer la violencia del colonialismo y sus consecuencias, es decir, descolonizar estos hermosos objetos. Sin embargo, espero que este proyecto ayude a generar conversaciones en las comunidades indígenas de Colombia, que podrían no requerir mi participación. Espero que estas conversaciones exploren cómo podrían ser y llegar a ser las relaciones indígenas con estos materiales —en términos de reapropiarlos como patrimonio indígena—. Si la historia de los artefactos de oro precolombinos, como ocurre con los artefactos en todo el mundo colonizado, es una historia de descontextualización y recontextualización entonces una propuesta de reapropiación indígena constituiría otra recontextualización, posiblemente diferente. Como escribieron Gnecco y Hernández (2008, p. 448) “la relación activa y significativa entre los pueblos indígenas y

algunos aspectos de la cultura material contemporánea existente en sus territorios (que forman parte de lo que ahora llamamos restos arqueológicos) se rompió en algún momento durante el período colonial” en muchos casos en el territorio actual de Colombia, con excepciones como las de los kogi y los uwa. Aunque Colombia, como el resto de Latinoamérica, aún no ha legislado nada parecido a la “Ley de Protección y Repatriación de Tumbas de Nativos Americanos (NAGPRA) en Estados Unidos o los acuerdos consensuados entre los pueblos indígenas y el aparato arqueológico en Canadá, Australia y Nueva Zelanda” (Gnecco y Hernández 2008, p. 448) para facilitar esas reappropriaciones y recontextualizaciones los autores describieron un proceso idiosincrásico de ese tipo mediante el cual, al menos, se logró la reconexión entre las estatuas de piedra precolombinas extraídas de las tierras ancestrales nasa y las comunidades nasa contemporáneas.

En el futuro estas reconexiones, que conducen a reappropriaciones exitosas por parte de los pueblos indígenas de Colombia, podrían describirse utilizando los conceptos que Orlando Fals Borda, sus colegas, las comunidades colaboradoras y el movimiento social de la costa caribeña colombiana desarrollaron en el siglo pasado: la recuperación crítica, mediante la cual se recupera el pasado a la luz de las luchas actuales, y, especialmente, la imputación, que:

reimagina el pasado fuera de los confines de la historia convencional... para visualizar cómo el pasado podría aprovecharse para impactar el futuro... un trabajo colectivo de imaginación que concibió escenarios para la historia local, elaboró narrativas históricas a partir de objetos almacenados y reminiscencias orales, enraizó a los campesinos en los pasos de sus antepasados y construyó epistemologías alternativas que podrían usarse para construir nuevas instituciones y prácticas. (Rappaport 2020, p. 20)

Referencias bibliográficas

- Archila, Sonia (1996), *Los tesoros de los señores de Malagana*. Banco de la República.
- Botero, Clara Isabel (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Universidad de los Andes.
- Botero, Clara Isabel (2009). El surgimiento de museos arqueológicos y etnográficos: laboratorios de investigación y espacios para la visibilidad, divulgación y exhibición del patrimonio arqueológico y de las sociedades indígenas. En Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero (eds.), *Arqueología y etnología en Colombia: la creación de una tradición científica* (pp. 197-218). Universidad de los Andes.
- Clifford, James (1991). Four Northwest Coast museums: travel reflections. En Ivan Karp y Steven Lavine (eds.), *Exhibiting cultures; the poetics and politics of museum display* (pp. 212-254). Smithsonian Books.
- Field, Les (2012). El sistema del oro: exploraciones sobre el destino (emergente) de los objetos de oro precolombino en Colombia. *Antípoda*, 14, 67-93.

- Field, Les (2013). Museo del Oro: viñetas (con Cristóbal Gnecco). *Revista Colombiana de Antropología* 49(2), 165-206.
- Field, Les (2016). Dynamism not dualism: money and commodity, archaeology and gauderie, gold and wampum. En Les Field, Cristóbal Gnecco y Joe Watkins (eds.), *Challenging the dichotomy: the licit and the illicit in archaeological and heritage discourses* (pp. 180-196). University of Arizona Press.
- Field, Les (2020) Gold, ontological difference, and object agency. En Andrew Walsh, Annabel Vallard y Elizabeth Emma Ferry (eds.), *The anthropology of precious minerals* (pp. 164-188). University of Toronto Press.
- Field, Les, Gnecco, Cristóbal y Watkins, Joe (eds.) (2016). *Challenging the dichotomy: the licit and the illicit in archaeological and heritage discourses*. University of Arizona Press.
- Gamboa, Pablo (2002). *El tesoro de los Quimbayas: historia, identidad y patrimonio*. Planeta.
- Gnecco, Cristóbal y Hernández, Carolina (2008). History and its discontents: stone statues, native histories and archaeologists. *Current Anthropology*, 49 (3), 439-466.
- Hamilakis, Yannis (2007). *The nation and its ruins: antiquity, archaeology and national imagination in Greece*. Oxford University Press.
- Herrán, Tomás (1985). *La crisis de Panamá: cartas de Tomás Herrán 1900-1904*. Banco de la República.
- Hinsley, Curtis (1991). The world as marketplace: commodification of the exotic at the World's Columbian Exposition, Chicago, 1893. En Ivan Karp y Steven Lavine (eds.), *Exhibiting cultures: the poetics and politics of museum display* (pp. 344-365). Smithsonian Books.
- Kirschenblatt-Gimblett, Bárbara (2006). World heritage and cultural economics. En Ivan Karp, Corinne Kratz, Lynn Szwaja y Tomás Ybarra-Frausto (eds.), *Museum frictions: public culture/global transformations* (pp. 161-202). Duke University Press.
- Kopytoff, Igor (1996). The cultural biography of things: commoditization as process. En Arjun Appadurai (ed.), *The social life of things: commodities in social perspective* (pp. 64-91). Cambridge University Press.
- Lemaitre, Eduardo (1993). *Panamá y su separación de Colombia*. Amazonas.
- Morphy, Howard (2006). Sites of persuasion: Yingapungapu at the National Museum of Australia. En Ivan Karp, Corinne Kratz, Lynn Szwaja y Tomás Ybarra-Frausto (eds.), *Museum frictions: public culture/global transformations* (pp. 469-499). Duke University Press.
- Nader, Laura (1972). Up the anthropologist: perspectives gained from studying up. En Dell Hymes (ed.), *Reinventing anthropology* (pp. 284-311). Pantheon.
- Parsons, James (1961). *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Banco de la República.
- Rappaport, Joanne (2020). *Cowards don't make history: Orlando Fals Borda and the origins of Participatory Action Research*. Duke University Press.
- Reichel-Dolmatoff (1988). *Orfebrería y chamanismo*. Villegas.
- Smith, Carol (1990). Failed nationalist movements in 19th century Guatemala: a parable for the Third World. En Richard Fox (ed.), *Nationalist ideologies and the production of nationalist cultures* (pp. 148-177). American Anthropological Association.

- Vogel, Susan (1991). Always true to the object, in our fashion. En Ivan Karp y Steven Lavine (eds.), *Exhibiting cultures: the poetics and politics of museum display* (pp. 191-204). Smithsonian Books

Archivos consultados

United States National Museum Memorandum, Smithsonian Institution

1891 Abril 28

1892 Febrero 11

USNM Registro

1891 Número de registro 23661

1892 Número de registro 24547

Les Field

<https://orcid.org/0000-0002-2537-4995>

lesfield@unm.edu



Profesor titular en el Departamento de Antropología de la Universidad de Nuevo México, donde ha impartido docencia desde 1994. Obtuvo su doctorado en la Universidad de Duke en 1987. Su investigación de tesis, financiada por la Fundación Nacional de Ciencias, se centró en dos grupos de artesanos nicaragüenses cuyas vidas y aspiraciones cotidianas se habían visto transformadas por el proceso social revolucionario. Su primer libro, *“The grimace of Macho Ratón: artisans, identity and nation in late twentieth century western Nicaragua”* (Duke University Press, 1999), se basó en su trabajo en ese país durante las décadas de 1980 y 1990. De 1989 a 1991 realizó una investigación posdoctoral con agricultores indígenas en Colombia y Ecuador financiada por la Fundación Rockefeller. Tras su regreso de Sudamérica comenzó a trabajar con tribus indígenas estadounidenses no reconocidas en California que han estado luchando por obtener el reconocimiento federal. Esa investigación, financiada por el National Endowment for the Humanities y la Fundación Wenner-Gren, dio como resultado la publicación de *“Abalone tales: collaborative explorations of California Indian sovereignty and identity”* (Duke University Press, 2008). Su investigación más reciente en Colombia, centrada en artefactos de oro precolombino, arqueología, excavaciones ilícitas, comunidades indígenas y museos, fue financiada por una beca Fulbright y la Fundación Wenner-Gren. Esta investigación dio lugar al volumen *Challenging the dichotomy: the licit and the illicit in archaeological and heritage discourses* con Cristobal Gnecco y Joe Watkins (University of Arizona Press, 2016). El proyecto de libro actual se centra en las relaciones humanas y las comunidades que se entienden de diversas maneras como utopías, distopías, antiutopías y futurismos indígenas. Los capítulos de autoría conjunta ofrecen escenarios específicos en tiempo y espacio reales en Nicaragua, Colombia, la California nativa y lugares históricos judíos donde este tipo de relaciones se han desarrollado, elucidado, transformado, rechazado, descartado e ignorado.

